

PETER BOUTENEFF

CÓMO SER UN BUEN PECADOR

El encuentro con uno mismo
a través del arrepentimiento

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2022

Al hermano John

Imágenes de cubierta: *El artista y Felsenkammer*, ambas de Paul Klee

Traducción de Jaime López Peñalba

First published by St Vladimir's Seminary Press as *How to Be a Sinner. Finding Yourself in the Language of Repentance*

© 2018 by Peter Bouteneff. This translation published with permission

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2022

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca/España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2110-6

Depósito legal: S. 42-2022

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i>	9
Introducción	11
1. Descubrirse pecador	19
2. ¿Seguro que necesito esto? La identidad pecadora y sus beneficios	31
3. ¿De verdad soy lo peor?	41
4. Reflexiones sobre la identidad personal	49
5. Autoestima, abnegación y amor a uno mismo	69
6. La dulzura de la compunción	79
7. Misericordia, perdón y juicio divino	97
APÉNDICES TEOLÓGICOS	
1. ¿Es humano pecar? La naturaleza humana se- gún la Biblia	115
2. ¿Qué es el pecado?	127
ORACIONES ESCOGIDAS	139
<i>Índice general</i>	157

PRESENTACIÓN

La mayoría de las religiones considera que los seres humanos somos imperfectos, susceptibles de pensar y obrar equivocadamente. La tradición cristiana no se queda corta a la hora de describir las tremendas consecuencias que esto acarrea para cada persona y para la condición humana. Cuando rezamos nuestras oraciones litúrgicas habituales, nos declaramos «pecadores», «malos», «culpables», «merecedores de castigo»... Para la sensibilidad actual, este lenguaje suena extraño o exagerado, pero ahí está. ¿Podemos aceptar hoy que somos pecadores? ¿Qué significa exactamente eso? ¿Y cómo puede ayudarnos a sanar y experimentar la redención?

Llevo años reflexionando sobre estos temas. Comencé a poner por escrito mis ideas en 2015, con ocasión de un retiro de Cuaresma en el Seminario San Vladimir, en Nueva York, donde enseñé desde hace varias décadas. Estoy muy agradecido a mis colegas, a mis estudiantes y a los antiguos profesores de la casa por su apoyo y por todo lo que siguen enseñándome. Después redacté la mayor parte de estas páginas durante unas visitas a la Nueva Escote, junto al monte Athos, donde la hospitalidad de sus monjes y monjas, así como las conversaciones que mantuve con ellos me enriquecieron enormemente.

Quiero dar las gracias también a Patricia, mi esposa, una interlocutora que me inspira, estimula y enseña cada día más. Aparte de esto, es sin duda la mejor editora que he tenido nunca.

Presentación

Si este libro le resulta útil a alguien, será gracias a las aportaciones de la gente y de las comunidades que acabo de mencionar, a las que habría que añadir las de otras muchas personas muy queridas. Todos los defectos son exclusivamente obra mía.

Y hablando de defectos...

INTRODUCCIÓN

Todo el mundo peca. Cuando nos comparamos con la grandeza de una vida auténticamente humana, ninguno damos la talla. A veces por pequeñeces, a veces por errores gordos, a veces porque pensamos, decimos o hacemos cosas realmente terribles. La Biblia y cada celebración eclesial nos lo recuerdan sin cesar. Y puedo preguntarme: «¿De verdad soy tan malo?». Puedo pensar: «Todo eso es muy negativo, muy moralista». O quizás: «Oye, ¿no es extraño que esté empezando a *gustarme* este lenguaje?». O también: «Ya hay demasiada gente en mi vida que no hace más que repetirme que no valgo para nada. Me niego a añadir un libro y una Iglesia a este odioso coro».

Sin embargo, si queremos formar parte de la Iglesia, debemos afrontar la realidad del pecado que habita en nosotros. En el Nuevo Testamento escuchamos a san Pablo afirmar: «No hay nadie justo, ni uno solo» (Rom 3, 10). En otro lugar leemos: «Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos» (1 Jn 1, 8). Se nos propone reconocer, pues, que todo el mundo peca. Y eso implica que yo también peco, que soy un pecador; más aún, como dice san Pablo en otra carta: «Yo soy el primero de los pecadores» (1 Tim 1, 15).

Esta idea se remonta al Antiguo Testamento. Por ejemplo, el salmista ora con estas palabras:

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado.
Contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre (Sal 51, 3-5).

Aunque este lenguaje sobre el pecado llegue a inquietarnos, hay que reconocer que describe el mundo tal como lo conocemos¹. En efecto, a la mayoría no nos parece exagerado decir que el mundo está roto y que la raíz del problema se halla en la inclinación humana hacia el mal. Con una frase que se ha hecho famosa, el teólogo y politólogo estadounidense Reinhold Niebuhr subrayaba: «El pecado original es la única doctrina empíricamente verificable de la fe cristiana». Incluso la gente que no acepta el cristianismo o no cree en un Dios personal suele reconocer sin problemas que nuestra situación existencial es dramática.

¿Dónde nos colocamos nosotros en este cuadro? En los años treinta, le preguntaron al escritor inglés y teólogo laico G. K. Chesterton qué estaba mal en el mundo, y él respondió: «Yo». Sin embargo, la idea de que cada uno asuma su responsabilidad de este modo, de que sitúe en sí mismo el pecado del mundo, no es hoy algo atractivo para la mentalidad general. Aunque quizás la opinión pública esté empezando a cambiar en este punto. En efecto, un número cada vez mayor de psicólogos y sociólogos, creyentes y no creyentes, está descubriendo la necesidad de una comprensión sana del pecado.

Identificarse correctamente como «pecador» es un asunto espinoso. A veces conviene evitar tal identificación por motivos de salud, como en los casos de personas con tendencia a autolesionarse o que sufren malos tratos. Verse pecador tiene también el peligro de abocar al victimismo o

1. Para una reflexión sobre lo que queremos decir con el término «pecado», cf. el apéndice 2: «¿Qué es el pecado?» (p. 127-138).

al masoquismo. Aun así, la «identidad de pecador» resulta útil si suscita en nosotros preguntas que nos desafían: ¿rechazo examinar profunda y críticamente mis pensamientos y acciones?; ¿temo la humildad, por considerar que sería un obstáculo para mis ambiciones profesionales?; ¿me dejo arrastrar por la cultura dominante de la autogratificación? Las respuestas no son sencillas ni evidentes. Pero confrontarme con estas cuestiones puede marcar un punto de inflexión en mi desarrollo personal, en mi paz interior, en mi relación con Dios y con el mundo.

La tesis de este libro es que existen caminos realistas, prácticos y sanos para comprendernos a nosotros mismos dentro de una dinámica de pecado, de la misma manera que hay caminos destructivos e inútiles. Nuestro propósito es ayudar a encontrar y a recorrer una senda bien orientada, que pasa por la reflexión crítica sobre uno mismo, la libertad, la alegría, la gracia divina y la misericordia.

Para comenzar, permítidme presentar algunos personajes que pueden resultarnos familiares. Los dos primeros tienen problemas para identificarse como pecadores. Al tercero le resulta demasiado fácil.

Juan se considera básicamente buena persona. Nunca ha hecho daño grave a nadie. Es fiel a su mujer y quiere a sus hijos. Es trabajador y cumple con sus obligaciones. Más o menos es honrado en sus asuntos financieros. No le ve la gracia a «confesar sus pecados». Ciertamente, de vez en cuando dice alguna mentira y ve pornografía en internet, pero cree en Dios y se considera una persona normal y razonable. A veces, citando a Homer Simpson, dice: «¡No soy un mal tipo! Trabajo duro, cuido de mi familia. ¿Por qué tengo que pasarme medio domingo escuchando que voy a ir al infierno?».

Juana no acepta su vida y se desprecia a sí misma. Sus padres no querían tener hijos y con frecuencia le recuerdan que, en cualquier caso, habrían preferido un niño. De pequeña, rara vez la llamaban por su nombre. Su padre a veces le pegaba y,

cuando se le pasaba el enfado, se mostraba incómodamente cariñoso. Nada de lo que Juana hacía parecía estar suficientemente bien; sus esfuerzos nunca estaban a la altura de las expectativas de sus padres. Aunque la verdad es que ella nunca supo con certeza cuáles eran esas expectativas, ya que oscilaban entre las inalcanzablemente altas y las patéticamente bajas. En más de una ocasión se ha autolesionado. La idea de considerarse pecadora le pone enferma, porque esa palabra representa todo lo que lleva años intentando superar. Su terapeuta le ha aconsejado que se relacione lo mínimo posible con su familia y con su Iglesia.

Paisios se unió a la Iglesia ortodoxa hace año y medio. Su nombre anterior era Jim, pero ha pedido a sus amigos y a su familia que lo llamen por su nuevo nombre cristiano. Firma todos sus correos electrónicos, aunque solo lleven la lista de la compra, como «Paisios el miserable». Participa en una competición secreta con otros para ver quién es el peor pecador. Viste de negro, lee libros ascéticos y se ha dejado una larga barba. Se confiesa a menudo, pero no con su párroco, sino con un monje que vive a 450 kilómetros de distancia.

Todos estos ejemplos presentan casos de identidad pecadora que necesitan algún ajuste para no acabar ni en la autodestrucción ni en la soberbia.

Por otro lado, el que la Iglesia nos recuerde a menudo nuestra pecaminosidad es algo que va a contracorriente de nuestra sociedad, la cual nos anima sin cesar a autoafirmarnos, a aceptarnos incondicionalmente y a desterrar el lenguaje y los pensamientos negativos sobre nosotros mismos. Esta llamada a la autoafirmación comienza temprano. Virtualmente, cada película infantil repite de forma machacona este mensaje: «Se auténtico, quíete a ti mismo tal y como eres». En no pocas competiciones académicas o deportivas, todos los niños reciben un trofeo simplemente por haber participado. Para la gente que ha crecido en esta cultura, de la fijación de la Iglesia en la miseria personal no se puede

esperar nada más que un cóctel de autodesprecio, de masoquismo y de rechazo del éxito y la realización personales, o incluso la «humilde fanfarronada» de ser el mayor de los pecadores. Como si fuera un concurso.

Con todo, esa insistencia de la sociedad en la autoafirmación contiene una importante verdad. Sin duda, aceptarnos a nosotros mismos puede llevarnos a una autoestima realista y sana, y revelarnos qué aspectos podemos cambiar y cuáles no. Aprender a afirmarnos es especialmente importante si, durante la infancia, nuestros padres, profesores, compañeros de colegio, etc. nos convencieron de que no éramos valiosos o dignos de aprecio. De otro modo, es probable que a lo largo de la vida tomemos decisiones destructivas y proyectemos nuestro autodesprecio hacia otros.

Por eso, ¿cómo hacer que hoy tenga sentido el lenguaje de la Iglesia sobre el pecado y el arrepentimiento, así como esas oraciones con las que pide a Dios que tenga misericordia de nosotros, miserables pecadores? ¿Cómo consiguen algunas personas encontrar en este lenguaje liberación, alegría y salvación? ¿Cómo acceder a esto? Una cosa es segura: Dios no nos creó para que vivamos tristes y detestándonos a nosotros mismos; no nos creó a su imagen para que pasemos la existencia condenándonos, sintiéndonos culpables de no sentirnos suficientemente culpables; no nos puso en la tierra para que vivamos obsesionados. En el siglo II, san Ireneo escribió: «La gloria de Dios es el hombre viviente»². Por «viviente» se refería a la persona viva para gozar de Dios y de todo lo que es bueno.

Vernos pecadores implica que también tendremos que lidiar con la humildad. Se trata de un concepto que nuestra sociedad ridiculiza o alaba, alternativamente. Algunos perciben en esa palabra connotaciones negativas. Temen que

2. Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* IV, 20, 7.

ser «pobres en el espíritu» (Mt 5, 1) los frene a la hora de aspirar a grandes metas. En este sentido, el novelista Ayn Rand, por ejemplo, llega al extremo de considerar la humildad como la raíz de todo mal. Pero cuando conocemos a alguien que verdaderamente es modesto, discreto y consciente de sus fallos y de su completa dependencia de Dios, nos interpela profundamente, nos hace preguntarnos de dónde le vienen esa libertad, esa confianza y esa paz interior que encontramos en él. Nos damos cuenta de que ser genuinamente humilde resulta liberador y de que, paradójicamente, puede ser un camino hacia la grandeza humana y hacia logros espectaculares. Con frecuencia, estas personas son las más serenas, alegres e incluso fuertes que conocemos. Están muy lejos de esa tópica caricatura que presenta al «humilde» como una patética rata de sacristía que camina encogida y tiene mal aliento.

Por lo tanto, el objetivo de este libro es enseñar una forma «exitosa» de ser pecador:

–Para ver la auténtica «identidad de pecador» como realista y sanadora, no neurótica.

–Para comprender que esta identidad integra, no divide.

–Para cultivar un amor propio saludable, no narcisista.

–Para llevar a una autoaceptación realista y constructiva, no libertina.

Otros objetivos serán:

–Suscitar en el corazón una compunción auténtica y saludable.

–Motivar un cambio personal positivo y una reorientación de la vida guiada por el amor.

–Ayudar a tomar conciencia de nuestra absoluta dependencia de Dios.

–Mostrar la anchura y profundidad del amor y la misericordia de Dios.

ÍNDICE GENERAL

<i>Presentación</i>	9
INTRODUCCIÓN	11
¿Para quién es este libro?	17
1. DESCUBRIRSE PECADOR	19
Un viaje	20
Exponerse	23
Otros caminos hacia dentro	25
Algunas sugerencias prácticas	28
2. ¿SEGURO QUE NECESITO ESTO? LA IDENTIDAD PECADORA Y SUS BENEFICIOS	31
La percepción de la realidad	32
Libertad	34
Seguridad	36
Sin juicio	37
Compasión	39
3. ¿DE VERDAD SOY LO PEOR?	41
La puerta a la misericordia	43
4. REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD PERSONAL	49
El conocimiento de uno mismo	50
El poder del nombre	53
Identificarse a uno mismo... ¿o a nosotros mismos?	61
Epílogo	66
5. AUTOESTIMA, ABNEGACIÓN Y AMOR A UNO MISMO	69
La aceptación de uno mismo	71
La autoestima	72
El cuidado de uno mismo	74
La configuración correcta	77

Índice general

6. LA DULZURA DE LA COMPUNCIÓN	79
Culpa y vergüenza	79
La compunción	87
La realidad como dulzura	90
La oración penitencial como dulzura	91
Tristeza luminosa	94
7. MISERICORDIA, PERDÓN Y JUICIO DIVINO	97
La justicia divina	98
Identificarse y confesarse	99
El estado de pecado	101
Pedir la misericordia de Dios	103
La misericordia de Dios y la mía	106
Resumen	109
Epílogo	111

APÉNDICES TEOLÓGICOS

1. ¿ES HUMANO PECAR? LA NATURALEZA HUMANA SEGÚN LA BIBLIA	115
La naturaleza humana es buena, pero caída (Gn 1-3) ...	116
Reflexiones ulteriores	120
Epílogo	124
2. ¿QUÉ ES EL PECADO?	127
Fijar el blanco	129
Transformar los mandamientos en amor	129
Enseñar los mandamientos con amor	130
El blanco	132
El pecado como estado	133
El pecado como fuerza	135

ORACIONES ESCOGIDAS

Canon de arrepentimiento a nuestro Señor Jesucristo	141
Eulogitaria: himnos de réquiem	153
La oración de Jesús	155